



ALICANTE ACOGE: «Asesorar, acoger, educar en Tolerancia»

Josep Buades Fuster

—«¿Qué interés puede tener para los adolescentes participar en una charla sobre migración y refugio?»

Durante dos años colaboré en el servicio jurídico de la asociación *Alicante Acoge*. Trabajaba normalmente con adultos: clientes (extranjeros) o funcionarios de la Oficina de Extranjeros. Es cierto que *Alicante Acoge* prima el trabajo de atención directa, pero cuida su participación en el debate social acerca de las migraciones en España. Uno de los foros en los que se ha hecho más presente es el escolar. Si hago memoria de aquellos dos años, puedo recordar una veintena de ocasiones en que me pidieron participar en alguna charla de concienciación, como era habitual entre los compañeros y compañeras. Trataré de esbozar algunos apuntes sobre aquellas charlas, por si es posible responder a la pregunta que me formuló como título de esta colaboración:

—¿A quién hablábamos? Preferíamos hablar a alumnos de BUP o de FP, especialmente de los cursos superiores. Quizá porque nos veíamos más profesionales que pedagogos; porque suponíamos que existía una mayor base común de lenguaje, de atención a los medios de comunicación, de preocupación social. Aunque recuerdo algunas pocas buenas experiencias con alumnos de 8º de EGB.

—¿De qué? Es evidente que en algún otro momento les describíamos el organigrama de la asociación, la cantidad de servicios que presta, nuestras peculiares relaciones con la administración. Y la verdad es que parecía interesarles, porque se movía en el terreno de lo concreto, de lo tangible; incluso les surgía la pregunta sobre cómo colaborar. Quizá donde teníamos que echar más mano de intuición para captar el interés del público era a la hora de formular nuestro análisis: acerca de las causas de las migracio-

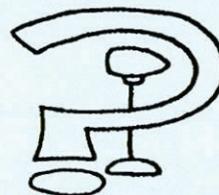
nes, de las redes y procesos migratorios, de lo que entendemos deber histórico de acogida que tiene España como reciente país de emigración... etc. Especialmente porque no había público que resistiera un encomio del inmigrante, ninguna soflama encendida sobre las bondades de la inmigración. Si de verdad queríamos hacernos creíbles debíamos aunar convicción en la acogida y percepción lúcida de la complejidad del problema. Este era el punto clave: no se nos escuchaba para comprarnos ningún producto: si algo interesaba era recibir datos veraces para formarse un juicio propio. Por eso no eludíamos los temas más complejos: relación entre migraciones y mercado laboral (necesidad política económica de inmigrantes, y perturbaciones del mercado de trabajo); redes de explotación de inmigrantes y delincuencia extranjera en España; calidades del servicio prestado por trabajadores extranjeros; impacto de los conflictos internacionales en España (asilo político de refugiados); postura ambigua de la administración; posibilidades y problemas de la multiculturalidad... etc.

—¿Qué impresiones recibía? Muy diversas; dependía de grupos, de momentos en el curso (¡qué malos los finales de trimestre y las vísperas de exámenes). Notaba aprecio cuando no tratábamos de hacer apología del inmigrante. Quizá por eso me quedo con la idea de la importancia de aportar datos para el debate, bien revestidos de anécdotas de la experiencia personal. Y gozaba el debate: que hubiera voces discordantes, dispuestas para el diálogo. Por eso no iba mal una pizca de provocación; o la buena integración de alumnos extranjeros entre ellos (ahí surgían las cuestiones económicas y sociales de la aceptación o rechazo de los extranjeros residentes).

Podría continuar, pero creo que es suficiente para animar a los profesores, a las comunidades educativas, a organizar foros de debate sobre la migraciones.

1. MIS DOS HIJOS NO HACEN MÁS QUE PELEARSE 2. TENGO UN NIÑO QUE NO DUERME BIEN

Ud.pregunta



Mis dos hijos no hacen más que pelearse. No puedo con ellos. Y ya no sé qué hacer.

Tengo dos hijos de 10 y 6 años respectivamente. Son encantadores y habitualmente se llevan muy bien. Y desde luego se preocupan mucho el uno por el otro. Pero raro es el día que no tengan alguna pelea. Por cualquier bobada. Pero se insultan, a veces se golpean y yo, por mucho que haga, no logro separarles ni evitar que se peleen. ¿Qué estaré haciendo mal?

(Andrea, viuda desde Motril)

Ni Vd. está haciendo nada mal, ni ellos están haciendo nada malo. No aumente Vd. con sus gritos los gritos de sus peleas.

Cuando se pelean Julio y Laura no están luchando Caín y Abel: nunca se lo diga. No confunda el malestar que Vd. vive con lo que ellos están viviendo. El juego de la rivalidad fraterna es un juego de relación y de aprendizaje: no le aplique demasiado pronto códigos de justicia ciudadana. Y cuando intervenga no lo haga como juez sino para impedir los ultrajes (verbales y de acción) que dejan huella (por crueles o por reiterados). Su desazón no coincide demasiado con lo que

está pasando.

Por supuesto, que lo normal sea que los hermanos se peleen no quiere decir que los que no se pelean no sean normales. Empiece a preocuparse si ante una agresión que venga del exterior a uno de ellos el otro no lo defiende.

En una ocasión escribí un artículo sobre la rivalidad de los hermanos. Y, con un cierto sentido del humor, lo empecé con este diálogo:

—¿Qué tal?
¿Cómo se llevan tus hijos?

—¡Fatal! ... Como hermanos.

La rivalidad entre hermanos a esas edades no pasa de ser un

aprendizaje a caballo entre el juego y la comprobación de que cada uno va siendo cada uno: a veces con el otro y algunas veces diferenciándose del otro. Hace falta mucha madurez para lograr que la diferenciación no se exprese con algún tipo de pelea.

Lo normal es que, creciendo en su edad, van convirtiéndose de rivales en amigos, confidentes camaradas y hasta en consejeros personales.

Tengo un niño que no duerme bien. Algunas noches casi no duerme.

Tiene tres años. Lleva una vida normal. Pero la noche no es su momento. No duerme. Nunca es buena hora para ir a la cama. Y su postura es boca arriba con los ojos abiertos y, cuando le vemos, está como resignado. Pero duerme poquísimo. Pienso que algo tendríamos que hacer, pero no sabemos qué.

(María Luisa: Tolosa)

La medida del sueño es personal. Así como no todo el mundo duerme igual en la forma, tampoco todos necesitan la misma cantidad de sueño. Hay personas equilibradas y de vida feliz con muy poco sueño y personas que duermen muchísimo y llevan una vida a trompicones.

Es cierto que el sueño nos da la posibilidad de asimilar las experiencias del día, y es el momento privilegiado para la secreción de muchas hormonas que son indispensables para mantenerse en forma. Pero la cantidad de sueño acaba siendo uno de los asuntos más personales: desde los ritmos, las frecuencias y los modos preferidos. Porque en lo que sí suelen estar todos de acuerdo es en que hay que respetar los ritmos endógenos.

Respecto a las causas del no dormir en

niños de esta edad pueden ser, desde los ruidos (extemporáneos o persistentes y arrítmicos), cualquier tipo de ansiedad (pero a lo infantil, lo que de hecho a tal niño le produce ansiedad), el estrés que provocan en él los cambios, (cualquier cambio, desde la entrada en la escuela infantil hasta la venida de un pariente a casa), el abuso de la televisión, sobre todo antes de dormir.

Evidentemente que cada uno tendría que regular sus horas y su cantidad de sueño según las necesidades personales. Pero, además, cada uno tiene que acomodarse a los ritmos de los otros de la casa, a los ritmos de la escuela... Y entonces habrá que lograr el equilibrio más satisfactorio. Y el modo como se le va entrenando al niño en esta adaptación puede hacerle más lento el

hallazgo de las variables de su propio sueño.

La ansiedad de los mayores, las situaciones de crisis dentro de la casa, la misma preocupación excesiva por esta supuesta falta de sueño pueden contribuir a que el problema no se estabilice y no evolucione a más normalidad, que es lo que suele pasar entre los tres y los cuatro años.

De todas las maneras suele valer más a una madre la consulta a un buen pediatra que horas de observación y guardia permanente frente a la cama del niño. Una madre relajada y animosa encuentra antes el camino que una madre angustiada y excesivamente minuciosa en la acumulación de los detalles del insomnio de su hijo. "Lleva una vida normal" Ésa es la afirmación más tranquilizadora.